

Los estudios actuales sobre los ejércitos helenísticos

Ricardo MARTÍNEZ LACY

RESUMEN: Los ejércitos de los estados helenísticos eran la institución más importante. En los últimos cincuenta años su estudio no ha correspondido a esa importancia. Maurice Launey escribió una extensa monografía que es imprescindible, pero en ella los temas están definidos por un esquema previamente definido. Desde su publicación, en 1950, no se ha vuelto a tratar el tema en toda su extensión. Se han hecho síntesis de otras obras, se han publicado documentos y se ha planteado la necesidad de su estudio, pero no se ha abordado el asunto en toda su complejidad.

* * *

ABSTRACT: The armies of Hellenistic states were their most important institution. In the last fifty years its research has not corresponded to that importance. Maurice Launey wrote a wide monograph which has become the standard reference on the subject, but in it the subjects treated are defined by prejudice. Since its publication, in 1950, there has been no thorough research on the Hellenistic armies. There has been syntheses of other works, relevant documents have been published and the necessity of its study has been explained, but the subject has not been analysed in all its complexity.



Los estudios actuales sobre los ejércitos helenísticos

Ricardo MARTÍNEZ LACY

1. Es obvio que en el mundo helenístico la guerra era primordial. En efecto, no sólo, como en la época clásica, era la guerra una ocupación permanente, sino que además la escala enorme y la naturaleza de reinos de conquista de los nuevos estados helenísticos le conferían una dimensión nunca antes vista entre griegos y una importancia esencial. Esto tiene como consecuencia que el ejército fuera la columna vertebral de todos los estados helenísticos, tanto de los que existían previamente (las polis y Macedonia), como de los que surgieron entonces.¹

A pesar de ello, un examen de la bibliografía respectiva arroja un primer resultado paradójico. Después de un estudio más o menos general, pero con muchas omisiones de consideración, aparecido en 1949 y 1950, solamente se ha publicado un estudio sobre el ejército seléucida y un artículo sobre los reyes, el ejército y la economía. A continuación, trataré de exponer las características de estas obras, a lo que añadiré el análisis de algunas exposiciones generales sobre el periodo y sobre la guerra.

2. El libro *Recherches sur les armées hellénistiques*, de Marcel Launey (2 v., Paris, de Boccard, 1949-1950, 2ª ed. con un postfacio de Yvon Garlan, Philippe Gauthier y Claude Orrieux, 1987), representa el estudio más completo sobre el tema y, sin embargo,

¹ Caso especial sería el de las confederaciones, surgidas previamente, pero que tuvieron su auge en este periodo.

el título modesto es también justo, porque el autor mismo limita su obra a aproximaciones temáticas selectivas. Por desgracia, Launey nunca explica sus criterios de selección.

Así, decide concentrarse en los nuevos estados, pero excluye, “por principio”, el Ponto (p. 483)² y se propone tratar sólo a los soldados helenísticos y no a los egipcios en Egipto ni a los sirios en Siria, por ejemplo. Sobre esta actitud hay que citar a M. M. Austin (“Hellenistic kings, war and the economy”, *CQ*, n.s., XXXVI, 1986, pp. 450-466, en la p. 452), quien dice que

se puede pensar en una visión del mundo helenístico anterior y en otra posterior a la guerra, o tal vez en una visión colonial y otra postcolonial.

Sorprendentemente, Austin no incluye esta obra en el panorama que presenta sobre los estudios acerca de los ejércitos helenísticos (pp. 450-452), pero es claro que ella cabría en la visión colonial y anterior a la segunda guerra mundial; aunque Launey empezó su obra en 1932, la terminó en 1946 y redactó sus adiciones en 1950, varios años antes del proceso de independencia de las primeras colonias francesas (con excepción de Haití). Todo esto viene a cuento porque, a lo largo de su obra, Launey da indicios de que las omisiones mencionadas fueron hechas siguiendo criterios classicistas, y de que él concebía a los ejércitos con mayoría de soldados Griegos (palabra que él escribe con mayúscula) como un elemento civilizador cuyo naufragio en un mar de semitas y orientales sólo pudo ser salvado por Roma.³

² Al parecer, el Ponto es excluido por no ser considerado un reino helenístico y casi toda la historiografía lo ha considerado bárbaro, como se puede ver en la n. 1 (pp. 115-116) del artículo de Luis Ballesteros Pastor, “Mitrídates Eupátor, el último de los grandes monarcas helenísticos”, *DHA*, XX-2, 1994, pp. 115-133.

³ Sin embargo, en una reseña de *Soldier and society in Roman Egypt ...* de R. Alston (London, Routledge, 1995), aparecida en el *Journal of Roman Archaeology*, X, 1997, pp. 504-512, Roger Bagnall afirma (p. 506) que “las legiones formaron una parte decreciente de la guarnición egipcia, y hay mucho menos pruebas de que partes significativas de la fuerza auxiliar fueron reclutadas fuera de Egipto. Los nombres de

Pero hay que ir por partes y para mostrar esto es necesario presentar un análisis de la obra en cuestión.

Las *Recherches* se dividen en dos volúmenes con numeración continua. El primero, luego de un prefacio y una introducción, contiene unas “investigaciones étnicas”. El segundo volumen contiene las “investigaciones sociológicas” y la conclusión, seguida de una copiosa prosopografía. Curiosamente, esta estructura no corresponde a “los dos órdenes de investigaciones” que, sin explicaciones, Launey declara que se le impusieron, pues estos dos órdenes eran el lugar del ejército en el mundo helenístico (que trata en las páginas 60 a 812) y, en segundo lugar, el carácter helénico del ejército, carácter expuesto elocuente e incluso vehementemente en la introducción (p. 17):

tendremos que recordar que estos viajeros, estos inmigrados, no eran tan sólo gentes de armas: son helenos, macedonios, bárbaros impregnados de helenismo por su incorporación misma al ejército ... son, en todos los casos, al contacto con las poblaciones y las tradiciones bárbaras, los representantes de una civilización ...

Así que mostrar esta aculturación es el propósito verdadero. Launey empieza por negar el carácter civilizado de los pueblos de Asia y África súbditos de Alejandro y de sus sucesores, que ¿hay que recordar?, incluían nada menos que a egipcios y mesopotamios, pueblos de civilización más antigua que la de los griegos mismos. Además, nuestro autor omite el tratamiento de todo lo que no entra o no se necesita para documentar lo que no es más que un esquema. Grecia, Macedonia, los egipcios en el ejército egipcio, el ejército de Mitrídates VI pueden no tratarse y aún así —quién sabe cómo— se puede llegar a comprender el lugar del ejército en el mundo helenístico. El programa de Launey es

los soldados en Egipto, en la medida en que aparecen en papiros y *ostraka*, son de hecho predominantemente egipcios a lo largo de los periodos romano y bizantino”. Claro que Launey podía pensar que el dominio romano sólo pospuso la barbarización y el asunto, en todo caso, está fuera de su tema.

muy claro y es también el andamiaje de un trabajo colosal y documentadísimo basado tanto en fuentes literarias como en inscripciones y papiros.⁴

En el resto de la introducción, Launey se ocupa de las debilidades de las fuentes, la terminología y los mecanismos de reclutamiento y de pago de los mercenarios.

A continuación, el autor entra al lugar del ejército en el mundo helenístico, el primero de sus dos órdenes de investigación. Este orden está tratado en dos partes, la primera abarca casi todo el primer volumen y se intitula "investigaciones étnicas", mientras que la segunda se agrupa con el segundo orden señalado al principio, fundiéndose en un segundo tema designado "investigaciones sociológicas", lo cual no hace más que confundir la estructura de la obra.

En todo caso, las investigaciones étnicas constan de una parte estadística y otra enumerativa, por regiones de procedencia. Ya Kahrstedt señaló que este último asunto es muy difícil de definir, porque con frecuencia se designaba a los soldados con gentilicios que correspondían, no a su procedencia, sino a su armamento.⁵

Los primeros tres capítulos del segundo volumen son "Los ejércitos y las ciudades", "Los ejércitos y la población" y "De la condición social del soldado". Ellos son mucho más interesantes que las enumerativas investigaciones étnicas, pero también aquí —como en toda la obra— Launey se limita a presentar un reporte del contenido de las fuentes.

Las conclusiones son consiguientemente descriptivas. Por ejemplo, las del capítulo primero son éstas (p. 689):

si no hay incompatibilidad absoluta entre [la vida del ciudadano] ... y la vida de un soldado en una de las monarquías helenísticas, por lo menos no hay contacto obligatorio, jurídico, ni siquiera contacto habitual.

⁴ Véase el índice de las fuentes en las pp. 1273-1274.

⁵ U. Kahrstedt, reseña del libro de Launey en *Gnomon*, XXIII, 1951, pp. 201-205 y XXIV, 1952, pp. 98-102, en la primera parte, a propósito del volumen primero.

En este pasaje, Launey omite mención alguna del gran problema de la condición constitucional de las ciudades en los nuevos reinos helenísticos ya que, por ejemplo, acerca de Alejandría, dice Fraser:⁶

Nuestra ignorancia acerca de la organización de la corporación de ciudadanos alejandrinos es igualada por nuestra ignorancia acerca de la constitución mediante la cual esa corporación era gobernada.

En el capítulo siguiente, Launey se limita a enumerar los colonos griegos en Egipto y su relación legal con los nativos.

“La condición social del soldado” no abarca más que la paga de los mercenarios, la manera en que los artistas plásticos y literarios los representaban y el modo en que sus deudos los conmemoraban en sus epitafios.

Con esto se termina el primer orden de investigaciones. El segundo comprende otros cuatro capítulos sobre el gimnasio, la vida religiosa, “las asociaciones religiosas” y las formas políticas, respectivamente.

Del gimnasio, Launey destaca la importancia cultural en los términos que siguen (p. 815):

Griegos o Bárbaros, todos tienen el sentimiento de que el gimnasio es la hoguera de donde irradia más intensamente la cultura helénica, que responde a una de las exigencias más originales y más profundas del temperamento helénico, que somete a sus participantes a las reglas del género de vida más perfectamente helénico.

Para empezar, hay que destacar el argumento singular: “el temperamento helénico” (nunca definido) somete a sus participantes al régimen “más perfectamente helénico”. Difícilmente puede concebirse una oración más vacua. Son de notar también las mayúsculas para designar tanto a los griegos como a los bárbaros,

⁶ P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, 3 v., Oxford, Clarendon Press, 1972, I, p. 93.

como si se tratara de entes abstractos. Finalmente aflora de nuevo la vehemencia del clasicista, vehemencia que lo ciega, clasicismo que se irá haciendo más evidente en el decurso de la obra.

En todo caso, luego de explicar la relación entre el gimnasio y el entrenamiento, Launey explica su implantación en Egipto, donde se excluía a los nativos, y en Asia, donde eran aceptados. Hay que recordar que, ya en la p. 17, el autor había reconocido el helenismo de los soldados bárbaros aculturados.

Al ocuparse de la religión, Launey advierte que tratará de abarcar todas las relaciones entre religion y ejércitos, pero será selectivo en los documentos,

tal vez más heterogéneos y peor relacionados entre sí que el resto de todos los capítulos del estudio presente (p. 878)

El lector hubiera deseado mayor precisión y una explicación de los criterios de selección de las fuentes. El capítulo trata de profesiones y concursos, divinidades de los soldados, fundaciones culturales y cultos aborígenes, cuya difusión, por cierto, deplora.

El último capítulo –sobre asociaciones políticas– es el más corto de los cuatro del grupo, pues sólo se extiende a treinta y cinco páginas. Launey empieza por señalar lo sociable de los griegos y pasa a enumerar las asociaciones profesionales, de edad, étnicas y culturales. Al fin de cuentas (p. 1036) expresa su preocupación por “los contactos de las razas”, ausentes de estas asociaciones.

Se puede decir que esta obra obedece a una clara toma de posición ideológica, que determina tanto los criterios de definición como las conclusiones mismas. En efecto, si presenta a los soldados como agentes culturales y excluye a los soldados que peleaban para sus propios estados, así como a los que servían a los que consideraba reinos bárbaros, es de esperar que la natural aculturación de esos soldados, que dejaron consiguientemente de fungir como misioneros del helenismo, fuera vista como una tragedia, mientras que la contemporánea extensión del Imperio Romano sólo pudiera verse como un rescate civilizatorio, conde-

nado a su vez al fracaso. A esto hay que agregar el carácter enumerativo y descriptivo de la exposición, carácter que excluye la crítica de las fuentes y deja de lado los criterios de definición. Todo ello hace de esta obra en cuestión una útil recopilación de datos a completar e interpretar.

La industria desplegada por el autor, así como la unanimidad procolonial imperante en su tiempo hicieron que la obra de Launey, quien murió en 1951, fuera bien recibida por los reseñistas.⁷ Aparecieron artículos sobre las *Recherches* en dieciocho revistas: una de Estados Unidos, otra de Brasil y el resto europeas, de las cuales, siete son francesas. Todas son positivas, aunque no todas son profundas. Son interesantes las observaciones muy críticas de Kahrstedt, quien caracteriza la obra como "una colección cómoda de material" (*Gnomon*, 1951, p. 201) y señala que la falta de atención a los cambios en la conformación de los reinos, como en el caso de Celesiria que pasó del reino Lágida al Seléucida, resulta en cambios de la naturaleza de los contingentes que, de mercenarios, se convierten en aliados, caso no tomado en cuenta por Launey. Por su parte, André Aymard dice (*IH*, 1952, pp. 10-12) que hubiera sido bueno que Launey tomara en consideración, no sólo las regiones que ofrecían mercenarios, sino también aquellas que los solicitaban. Acerca de la

⁷ *L'Année Philologique* XXI-XXV, 1950-1954 registra reseñas de E. G. Turner, *JHS*, LXX, 1950, pp. 95-96 y LXXIII, 1953, p. 199; E. Bickerman, *AC*, XIX, 1950, p. 504 y XXI, 1952, pp. 203-204; L. Robert, *REG*, LXIII, 1950, pp. 128-129; J. Moreau, *Latomus*, IX, 1950, pp. 334-335; U. Kahrstedt, *Gnomon*, XXIII, 1951, pp. 201-205 y XXIV, 1952, pp. 98-102; P. Chantraine, *RPH*, XXV, 1951, pp. 292-295; H. G. Gundel, *HZ*, CLXXI, 1951, pp. 105-108 y CLXXIV, 1954, pp. 562-565; V. Chapot, *JS*, 1951, pp. 97-106; A. Vincent, "Chronique d'histoire des religions", *RSR*, XXV, 1951, pp. 372-385 (en las pp. 379-380) y XXVIII, 1954, pp. 72-92; P. Lévêque, *REG*, LXIV, 1951, pp. 502-504. A. Aymard escribió dos reseñas, una intitulada "Armées, société et civilisation à l'époque hellénistique" en *IH*, XIV, 1952, pp. 10-12 y otra en *REA*, LIV, 1952, pp. 157-163. También escribieron reseñas Brown, *CW*, 1952, p. 169 (non vidi); J. H. Thiel, *Mn*, 4ª serie, IV, 1952, pp. 162-164; P. Cloché, *RH*, 1953-1, pp. 108-111; 1953-2, pp. 100-101; E. des Places, *Orientalia*, XXI, 1952, pp. 527-528; W. J. Faustini, *Rev Hist*, III, 1952, pp. 511-513 y E. Meyer, *BO*, XI, 1954, pp. 28-29.

concepción general, dice (p. 12) que la posición de Launey “no es racismo en el sentido actual de la palabra, sino es Montesquieu ...” Por “el sentido actual de la palabra” supongo que Aymard entiende una concepción como la de los nazis, basada fundamentalmente en el linaje (concebido como una raza). Para saber a qué se refiere cuando menciona a Montesquieu sería necesario conocer mejor la obra de este pensador francés, pero supongo que se refiere a la visión clasicista de la cultura.

Al respecto, Aymard hace la interesante observación de que en la época helenística, aunque algunos aspectos de la cultura griega decaen, otros florecen, y que este proceso se da tanto en la Grecia metropolitana como en los reinos helenísticos.

Hay que señalar la reseña aparecida en Brasil, de Faustini, una descripción muy cuidadosa, con críticas formales, que no difiere de las europeas.

3. Desde la aparición de la obra de Launey, se han escrito dos artículos sobre estudios acerca de la cuestión, uno específico sobre la época helenística, que es el postfacio a la segunda edición de las *Recherches* y otro general sobre la guerra en la Grecia antigua.

El primero aparece en páginas en números romanos (del I al XXIII) al final del segundo volumen de la obra mencionada. Sus autores —Garlan, Orrieux y Gauthier— afirman que

El favor con el cual el libro fue recibido no se ha desmentido para nada desde entonces a juzgar por la referencia obligada que se hace de él en todas las obras que tratan de la historia militar griega o del periodo helenístico (p. I).

Ellos advierten a continuación que no son capaces de seguir, comprobar y criticar las *Recherches*, por lo que anuncian que tratarán el asunto autónomamente.

Al referirse a obras generales sobre el periodo helenístico, los autores omiten el segundo volumen de *Le monde grec et l'Orient*

(Paris, Presses Universitaires de France, 1975) de Edouard Will, así como *The Hellenistic world* de Frank W. Walbank (London, Fontana, 1981; hay una segunda edición y una traducción al español). En cambio, señalan que el único ejército tratado en su totalidad ha sido el de los Seléucidas (B. Bar Kochva, *The Seleucid army. Organization and tactics in the great campaigns*, Cambridge, University Press, 1976).

Garlan, Gauthier y Orrieux hacen la demoledora afirmación (p. IX) de que las observaciones de Launey sobre la conservación de los macedonios y la declinación demográfica de los griegos no se pueden sostener por el carácter azaroso de la conservación de los documentos. Además, ellos sostienen que, dado que los nombres semíticos y tracios denotan más claramente el origen de una persona, no se pueden comparar con los griegos (p. XI).

En cuanto a los soldados y las ciudades, los autores señalan que la historia de las guarniciones macedonias en Atenas debe ser corregida fundamentalmente y citan una serie de decretos publicados después de 1951 (pp. XVI-XVII).

Sobre los ejércitos y el gimnasio, los autores aconsejan no consultar *Gymnasium. Études sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce, des origines à l'empire romain* de Jean Delorme (Paris, E. de Boccard, 1960), "cuyas conclusiones son viciadas por *a priori* hoy inaceptables" (p. XVIII). Los autores hacen luego referencia a las páginas 471 a 474 del libro de Delorme, donde este autor niega la relación entre el gimnasio y el entrenamiento militar en la época helenística, documentando su idea con referencias a inscripciones y libros sobre Tebas y Atenas y señalando, con razón, que en todo caso los ejércitos de los nuevos reinos helenísticos recurrían sobre todo a mercenarios.⁸ En contraposición, los autores hacen referencia a Chrysis Pélé-

⁸ Cosa que niega Eric Foulon en el caso de la infantería en un artículo publicado con títulos distintos en dos revistas diferentes: "Hypaspistes, peltastes, chryspides, argyraspides, chalcaspides", *REA*, XCVII, 1996, pp. 53-63 y "La garde à pied, corps d'élite de la phalange hellénistique", *BAGB*, 1996-1, p. 17-31. Por desgracia, Foulon no ofrece argumentos.

kidis, *Histoire de l'éphébie attique des origines à 31 avant Jésus-Christ* (Paris, Éditions E. de Boccard, 1962) y W. Kendrick Pritchett, *The Greek state at war* (5 v., Berkeley, University of California Press, 1971-1991, II [1974], pp. 208-231). Sin embargo, Pélékidis reconoce (p. 268) que la instrucción militar "ya no es el objetivo principal" de la institución de la efebía. Pritchett se refiere casi exclusivamente a la época clásica pero afirma sin embargo que

los desfiles oficiales y las danzas militares de los *neoi* [jóvenes] son testimoniadas, para Mantinea y otras partes de Arcadia, por Jenofonte (*An.* VI.1.11) y alabadas por Polibio (IV.20.12). Éste dice que eran realizadas con financiamiento público ... (pp. 216-217)

por otra parte (p. 229), dice que "los ejércitos de Alejandro y de los diádocos caen fuera del campo de este estudio". En todo caso, Pritchett también da la razón a Delorme (p. 217):

los testimonios reunidos aquí no proveen prueba alguna de la existencia del servicio militar obligatorio, por lo menos en Atenas. De hecho, Jenofonte dice expresamente [*Mem.* III.12.5] que éstos [*sic*] no existieron: Pero los testimonios sí prueban que tanto algunos filósofos idealistas como algunos otros hombres militares reconocieron la necesidad de entrenamiento físico por parte de los soldados del estado, mientras que, a la vez, rechazaron el entrenamiento excesivo y el exceso en comer que iban a ser tan comúnmente enumerados como reproches en diatribas posteriores contra el atletismo.

Esto implica que tanto Garland, Gauthier y Orrieux por su parte, como originalmente Launey, se equivocaron al identificar al gimnasio como el lugar de entrenamiento del ejército.

Para finalizar, sobre las conclusiones de Launey, los autores del postfacio subrayan su carácter falaz por apoyarse en cierta concepción de raza.

En general, se puede decir que la mayor cualidad del postfacio radica en la puesta al día de la documentación de Launey, mientras que las observaciones de método resultan muy discutibles.

El otro –y más general– estado de la cuestión fue hecho por Pierre Ducrey y tiene como título “Aspects de l’histoire de la guerre en Grèce ancienne 1945-1996” (en Pierre Brulé y Jacques Oulhen [eds.], *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne. Hommages à Yvon Garlan*, Rennes, Presses Universitaires, 1997, pp. 123-138).

Para comenzar, Ducrey plantea que no le interesa presentar una bibliografía,

sino más bien una visión de algunas orientaciones recientes de la investigación en este dominio (p. 123).

Ducrey no trata por aparte la época helenística, sino que presenta juicios generales sobre obras importantes que se concentran sobre todo en la época clásica. Así, de la obra citada de Pritchett dice que

aunque ha reunido una cantidad considerable de datos textuales, sólo raramente sobrepasa la descripción pura y, por lo tanto, no impulsa una renovación verdadera de la reflexión sobre la guerra (p. 128)

Se puede decir que Ducrey es demasiado optimista, ya que sostiene que ha habido un cambio en la historiografía porque la mayor parte de las obras que se producen sobre los ejércitos en general y sobre los ejércitos helenísticos en particular son, como se verá, o descriptivos, como el de Launey (a quien, por cierto, ni se le menciona), o síntesis de otras obras.

4. La mayor parte de las obras sobre el tema son obras de síntesis. En este apartado se les analizará por el orden cronológico de su aparición, orden del que se exceptuará a Yvon Garlan, autor de varias obras que se analizarán juntas.

Frank Ezra Adcock, *The Greek and Macedonian art of war*, Berkeley, University of California Press, 1957 (reimpreso).

El título mismo lo indica, y el autor lo explica desde el principio (p. 1): la guerra no es una ciencia, sino un arte. A conti-

nuación, se plantea que el tema se va a tratar sin hacer distinción entre la época clásica y la helenística, omitiendo una explicación del desarrollo de ese arte y optando, en cambio, por una exposición sincrónica.

Sin embargo, el primer capítulo se intitula "La ciudad-estado en guerra", lo que por definición excluye a Macedonia, las confederaciones y los reinos helenísticos.

El segundo capítulo está dedicado al desarrollo de la infantería y es importante la observación de Adcock de que la falange macedonia sólo era efectiva en combinación con otros cuerpos, a lo que agrega (p. 26): "ella era una fuerza de contención más que de choque". El capítulo concluye con la importante afirmación (p. 26) de que la creación de la falange macedonia significó

la promesa de una especie nueva de técnica de batalla en la cual la falange no jugó la parte decisiva, sino que requería que ella hiciera posible la entrada determinante de la caballería como fuerza de choque. La transición de la vieja batalla a la nueva radica sobre todo en la posibilidad de ganar, no mediante una presión aplicada al parejo a lo largo de toda la línea, sino consagrando una parte especial del ejército en lucha al logro real de la victoria.

Por desgracia, Adcock no se adentra en la época helenística, sino que se queda en su principio.

El capítulo III está dedicado a la guerra naval y el IV a la caballería, los elefantes y el asedio. En este último se hace la observación (p. 51) de que

si la caballería lograba romper las filas de la infantería o la caballería del enemigo, requería de una alta disciplina y una dirección firme para hacerla detenerse en el momento adecuado para volverse a formar, como necesitaría hacer para alcanzar una victoria en otra parte del campo.

y agrega, con una referencia a Tarn, que

en la mayor parte de las grandes batallas del periodo helenístico, la caballería tuvo la primera y la última palabra (p. 52).

Sobre los elefantes, es importante recordar que Adcock declara que eran usados para neutralizar la caballería superior de un oponente (p. 53).

El capítulo V se ocupa de la estrategia. En él observa el autor (p. 72) que las potencias helenísticas se disputaban territorios que las pudieran proveer de mercenarios (con referencia a G. T. Griffith, *The mercenaries of the Greek world*, Cambridge, University Press, 1935, pp. 44-45 y 254-263).⁹

El capítulo VI está consagrado a los generales en la batalla. En él observa Adcock acertadamente que los historiadores antiguos tendían a describir mejor las batallas que la estrategia.

Sobre las campañas de Alejandro, este autor comenta que

la coordinación de tropas de diferentes tipos ... con la adición frecuente de elefantes era difícilmente posible excepto cuando el campo de batalla ofrecía un espacio amplio. Los ejércitos tendían a ser mayores, con frecuencia mucho mayores, que los viejos ejércitos de hoplitas (p. 91).

Adcock hace la interesante afirmación de que casi todas las posibilidades de maniobra de los ejércitos helenísticos se pueden observar en tres batallas: las de Paretacene, Gabiene y Gaza (con referencia a Johannes Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, IV, pp. 391-394).¹⁰

Señala que el arte griego de la guerra

sucumbió a la fuerza material de Roma, a la diestra política del senado que usó a los griegos contra los macedonios y a la estabilidad disciplinada de las legiones.

⁹ Esta afirmación no se puede convalidar con el segundo pasaje citado de Griffith, quien habla de mercenarios reclutados precisamente fuera de los imperios de los respectivos reyes.

¹⁰ Independientemente de si Adcock tiene razón o no, Kahnes y Kromayer, los autores del capítulo sobre "tres batallas de diádocos" dicen que estas batallas son las únicas del periodo "sobre las que queda aún algo que discutir" (p. 391). Johannes Kromayer, *Antike Schlachtfelder. Bausteine für einer antiken Kriegsgechichte*, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung, 1924-1931.

Esto implica que esta derrota no fue simplemente militar sino, en primer lugar, económica y, en segundo lugar, política.

Aunque el autor no saca las conclusiones, es claro que ve a Epaminondas, Filipo y Alejandro como los introductores de reformas que cambiaron profundamente el arte de la guerra, de tal manera que lo lógico hubiera sido dividir ese arte en uno griego propiamente dicho y otro macedonio o helenístico.

Pierre Lévêque, "La guerre à l'époque hellénistique" en Jean-Pierre Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, Mouton, 1978, pp. 261-287, reimpresso en Paris, Éditions de l'École de Hautes Études en Sciences Sociales, 1993.

El primer tema tratado es el mundo de los soldados y Lévêque empieza por decir que los ejércitos del periodo estaban formados "fundamentalmente" por mercenarios (p. 262), agrega que la obra esencial sobre ellos es el libro de Launey y a continuación hace un resumen elogioso de él. Sin embargo, este autor agrega, los mercenarios resultaron pocos y caros, y los reinos se vieron obligados a reclutar a sus propios habitantes.

El autor habla a continuación (p. 264) de la barbarización progresiva del ejército, tanto por el reclutamiento de mercenarios, como por el de soldados aborígenes. Afirma, con razón, que para Launey esto era un drama, pero él se limita a comparar esta situación con la del bajo Imperio Romano.

Lévêque pasa a "el ejército y el combate" y al respecto es interesante leer (p. 266) que

los problemas estrictamente militares, en el sentido estrecho del término, ganarían ... en ser examinados de cerca,

dado que ese examen sigue faltando.

El autor define el ejército helenístico como un ejército macedonio modificado por el Oriente, lo cual deja de lado al ejército macedonio propiamente dicho, así como a los de la Grecia metropolitana y las colonias griegas en el Mediterráneo occidental.

Lévêque afirma que la base del ejército helenístico era la falange y cita a Polibio (XVIII.31). En la página 267, hace referencia a la influencia persa:

a imitación de Persia, aparecen verdaderos escuadrones de soldados acorazados, los catafractos: jinetes y caballos son armados y caparazonados pesadamente.

Efectivamente, los persas recurrieron a jinetes con armadura pesada, aunque su introducción fue tardía.¹¹

Lévêque se refiere luego a los carros de guerra, poco apreciados por Adcock (p. 47), pero que el autor menciona en relación con la guerra de los macabeos (*IIMac* 13.2).

En cambio, para ilustrar la importancia de los elefantes, el autor sorprendentemente alude a una estrategema de Polieno (IV.21), pero ese pasaje no se puede interpretar como Lévêque quiere, porque lo que dice el autor de las estrategemas es que, como los romanos llevaron a Macedonia y a Grecia elefantes de África y de la India, Perseo hizo fabricar unos simulacros de elefante para que sus propios caballos se acostumbraran a verlos y no se espantaran al enfrentarse con los de carne y hueso. H. H. Scullard afirma que los romanos recurrieron a veintidós elefantes

¹¹ Cf. Pierre Briant, *Histoire de l'Empire Perse de Cyrus à Alexandre*, Paris, Fayard, 1996, p. 986, donde cita a P. Bernard et al., "Campagne de fouilles 1978 à Aï Khanoum (Afghanistan)", *BEFEO*, LXVIII, 1980, pp. 1-103, según los cuales la armadura de jinetes es mencionada por primera vez por Jenofonte (*An.* I.8.6; *Cyr.* VI.4.1 y VII.1.2 y *Cyn.* 12.8). Ellos encontraron una armadura equina en un contexto del siglo III (p. 62). Ella fue incorporada a su ejército por Antíoco III después de su anábasis (p. 62; *Liv.* XXXV.48; XXXVI.40; *App. Syr.* XI.32-4 y *Plb.* XXX.25). Hay que notar que la introducción de estas armaduras no salvó a Antíoco de la derrota a manos de los romanos. Habría que ver si éstos a su vez la incorporaron a su propio ejército. A pesar de la referencia de Jenofonte, los autores del reporte arqueológico no creen que haya habido caballería armada en Asia Central antes del fin del siglo IV o principios del III y sólo posteriormente fue introducida a Bactria y de ahí al ejército de Antíoco (pp. 62-3n.). Nótese que, tanto el libro de Briant como el reporte arqueológico son posteriores al capítulo de Lévêque.

de sus aliados nómadas en la tercera guerra macedónica, pero no dice cómo reaccionaron los caballos macedonios ante ellos.¹²

En cuanto a las armas, Lévêque dice que siguen siendo las del siglo IV, aunque hay algunas innovaciones, sólo que la mayor parte proviene del Occidente, no del Oriente (p. 268) y ello contradice la afirmación general del autor sobre una fusión greco-oriental.

Nuestro autor afirma entonces que un pasaje de Estrabón (XVI.752) "muestra que existían maestros de armas para todos los ejercicios militares" (p. 269), pero lo único al respecto que se puede encontrar en el pasaje citado es la declaración de que Diodoto Trifón fue "criado en Apamea".

Luego repite Lévêque el juicio de Polibio, quien contrasta el orden y la buena calidad de la fortificación de los campamentos romanos con el desorden y descuido de los griegos, pero reconoce que, según Frontino (*Strat.* II.2.1), los romanos aprendieron de Pirro a fortificar sus campamentos. El autor cita su propia obra (*Pyrrhos*, Paris, de Boccard, 1957, pp. 540-541).

Nuestro autor dice también que los generales tendían a recurrir a la falange y que Pirro, Filopemen y Mitrídates VI Eupátor fueron excepcionales en contrariar esa tendencia. Con esta afirmación rechaza la posición de Adcock, que no es citado en todo el capítulo.

En la sección sobre la guerra y la monarquía, Lévêque afirma con razón que

la guerra está, en los hechos, en la base de la distribución territorial del mundo helenístico, pero los vínculos con la monarquía son mucho más poderosos. El soberano, elegido de los dioses es, en primer lugar, el generalísimo (p. 276).

Lévêque señala que había una relación estrecha entre los reyes y la diosa Nike y parecer exagerar al decir que "a partir de la

¹² H. H. Scullard, *The elephant in the Greek and Roman world*, London, Thames and Hudson, 1974, pp. 175-185; nótese que esta obra también es posterior al capítulo de Lévêque.

generación de los epígonos, nadie codicia ya el imperio universal de Alejandro” (p. 279), ya que no hay datos suficientes que permitan saber hasta dónde querían llegar los reyes helenísticos y, en efecto, sólo los romanos los retuvieron y eso, por la fuerza.

La sección sobre la guerra y la civilización (pp. 282-287) es eminentemente enumerativa.

En general, el capítulo de Lévêque es una obra de síntesis que presenta una visión general.

La obra de Yvon Garlan

Este historiador ha escrito las siguientes obras generales sobre el tema de este artículo:

La guerre dans l'antiquité, Paris, Fernand Nathan, 1972 (GA)

“War and siegecraft” en F. W. Walbank et al. (eds.), *The Cambridge ancient history*, 2ª ed., Cambridge, University Press, 1984, VII-1, pp. 353-362 (CAH VII-1)

Guerres et économie en Grèce ancienne, Paris, Éditions La Découverte, 1989 (GE).

Junto con Pritchett,¹³ Yvon Garlan es el más prolífico estudioso del ejército en la antigüedad, mas no se ocupa específicamente del ejército helenístico. Las obras a tomar en cuenta son dos introducciones generales y la sección de un capítulo de una obra general de síntesis.

Se puede decir que Garlan tiene una visión según la cual la polis representa el auge de la cultura griega, y el mercenariado y la piratería serían patológicos.

Afirma (GA, p. 53) que en la antigüedad el ejército estaba formado “de derecho, si no de hecho, por una élite social: la misma que era detentadora del poder”. Esto elimina, en conse-

¹³ Vide supra, p. 12.

cuencia, toda la historia de Grecia desde el siglo IV a.C. y la de Roma desde el I a.C. En efecto, en aquel país, los ciudadanos fueron sustituidos por mercenarios, mientras que en Roma se formó un ejército profesional.

En ese mismo libro (p. 68), afirma Garlan que el recurso a los mercenarios creó “un problema de patología social”, simplemente porque su número fue determinante en la guerra.

Garlan vuelve a usar el mismo término, aunque entre comillas, al ocuparse de la piratería (*GE*, p. 175) y compararla con el banditismo y formas “primitivas” de rebelión.

De hecho, se nota en la obra de Garlan, como por lo demás en todos los estudios empezando por el de Launey, una falta de definición de la condición social y política de los soldados helenísticos pues, aunque es notorio que los mercenarios cunden, por una parte, no eran, como quiere el historiador bretón “simples instrumentos de dominación extraños al juego político” (*GA*, p. 72) y, por la otra, tampoco eran todos los soldados, pues había también clerucos y soldados aborígenes, sobre todo en Egipto.¹⁴

Garlan es consecuente con su posición al afirmar que la presencia de los mercenarios fue

el resultado de una crisis de nacimiento o de degeneración de la polis, cuyo estrecho marco no podía resistir la presión de los antagonismos internos (*GA*, p. 74).

En *Guerre et économie* (p. 172), Garlan completa su visión al decir:

En mi opinión, los mercenarios griegos del siglo IV prefiguran y hacen comprensible el nuevo tipo del quasi-ciudadano, del ciudadano-súbdito que constituirá la élite política de los reinos orientales de la época helenística.

¹⁴ Una actitud distinta se encuentra en Bezabel Bar-Kochva, *The Seleucid army. Organization and tactics in the great campaigns*, Cambridge, University Press, 1976, p. 38, donde el autor observa además que los griegos vivían como colonos dispersos al Oeste del Taurus y en ciudades al Este.

De hecho, la condición social y política de todos los habitantes de los reinos helenísticos orientales es altamente discutible aunque, si Siria se asemejaba en esto a Egipto, es claro que el de los griegos difería del de los aborígenes, pero difícilmente se puede decir que eran ciudadanos-súbditos. De hecho, parece que su condición dependía de si formaban parte o no de algún *políteuma*, y éste no era generalmente el caso de los mercenarios.¹⁵

Por otra parte, es necesario definir el caso de los clerucos que en Egipto vivían dispersos y que peleaban a cambio de la posesión de un lote de tierra que, de algún modo, era su pago.

La opinión de Garlan puede significar mucho, poco o nada pero, en todo caso, carece de sustento no sólo en su propia obra, sino en las investigaciones hechas hasta el presente; se puede decir que es consecuencia de esta carencia, dado que no se trata de una obra producto de una investigación, sino de una síntesis introductiva.

En términos más generales, Garlan plantea (*GA*, pp. 72-73) una visión que coincide –y probablemente deriva– de la de Launey, aunque purificada de clasicismo,¹⁶ ya que ambos autores afirman que los mercenarios fueron agentes de helenización, que ese proceso tuvo como base el gimnasio y que este lugar era un centro de entrenamiento militar.

Por lo que toca a los modos de combate (*GA*, pp. 96-98), Garlan hace una exposición interesante, aunque es imposible determinar sus fundamentos por falta de notas. Según el historiador bretón, Filipo II introdujo una falange más ligera y con sarisa, pero con el tiempo la lanza se volvió más larga y el armamento más pesado hasta convertirse en lo que describió Polibio (XVIII.29-30.4). Parece que ésta es una paráfrasis de

¹⁵ Heinz Kreissig se ha ocupado del asunto en el capítulo II “Las formas de dependencia de los productores” (pp. 89-123) de su *Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukidenreich*, Berlin, Akademie-Verlag, 1978.

¹⁶ Garlan ofrece una visión igual en *GE*, pp. 153-156 y en *CAH*, VII-1, pp. 354-356.

fuentes contradictorias, pues es claro que la comparativa inflexibilidad de la falange es parte de la estrategia demostrativa de Polibio, que convierte las características del vencedor en la explicación de sus victorias. Parece que hubiera sido más provechoso tomar en cuenta la idea de Lévêque (que Garlan además cita) de que los romanos aprendieron de los griegos —y sobre todo de Pirro— no sólo el arte de levantar campamentos, sino también las formas de combate. Este aprendizaje pudo haberse hecho también en las guerras púnicas y, una vez dominado el arte de la guerra, los romanos pudieron mejorarlo. No parece pues sensato separar el tratamiento de ejércitos que se enfrentaron ni presuponer que la manera de hacer la guerra de los romanos no cambiaba, ni tenía nada que ver con la de los griegos (ni con la de los cartagineses).

La visión que Garlan presenta en su primer libro sobre las formas de combate contrasta con la que presenta en la *Cambridge ancient history*, donde representa la falange (VII-1, pp. 356-357) como una de las muchas formaciones helenísticas, aunque repite la posición de Polibio (p. 352: XVIII.28-32), que no era un “conocedor” cualquiera.

En una sección sobre “el arte de los sitios” (GA, pp. 117-138), dice que éstos proliferaron en el siglo iv, porque “el elemento urbano” predominó sobre el rural:

porque la autarquía económica [de la polis] ... tiende a disminuir, porque en ella se han desarrollado nuevas capas sociales más interesadas en la defensa de la ciudad que en la de su territorio; y también —lo que es con frecuencia la preocupación dominante— porque se encuentra presa de redes estrechas de alianzas que le permiten o le imponen continuar la lucha hasta el extremo. Por las mismas razones, la toma de la ciudad, tan prometidora de botín y tan necesaria para la solución del conflicto, se convierte en el objetivo principal de los agresores.

La primera explicación es muy discutible: en el siglo iv sólo Atenas parece haber perdido la independencia económica y en la

época helenística podían agregarse las ciudades (que no eran polis) más grandes como Alejandría. Nunca hubo una oposición generalizada entre la ciudad y el campo, pues los labradores vivían en las ciudades. Garlan no explica cuáles eran “las nuevas capas sociales” y las fuentes no permiten concebir a qué se refiere. La tercera explicación —la estrechez de las alianzas— suena más plausible pero, ¿cuáles asedios se deben a ello?, ¿acaso el de Tiro, o el de Rodas? De cualquier modo, hubiera sido más sensato partir de éstos (y de otros, si los hay) y no de generalizaciones de dudoso contenido.

Las obras de Garlan se presentan como introducciones y, por lo dicho, es obvio que estimulan la discusión, pero generalmente son una combinación de recopilación de datos (sin crítica documental) y generalizaciones sin sustento, lo cual limita su valor.

La obra de W. Kendrick Pritchett

Ya se han enunciado el título y las referencias bibliográficas de esta obra en la página 12, a propósito del entrenamiento militar en el gimnasio.

Pritchett mismo describe su obra en los siguientes términos (II, p. 1):

Mi práctica ha consistido en compilar los testimonios acerca de un tópico dado y presentar los hechos tan sucintamente como ha sido posible, preferiblemente en forma de tablas. Espero que este procedimiento pueda llevar a otros a una exploración más profunda de los asuntos tratados, a medida que las pruebas desconocidas por mí sean publicadas. Mi explicación es sobre todo filológica; la interpretación de palabras específicas es la piedra de toque.

Entonces, como ejemplo de este método podría tomarse cualquier parte de la obra, y es cómodo referirse al primer capítulo del volumen II sobre “juicios de generales”. El autor no dice qué palabra griega le sirve de “piedra de toque”, pero esto no es

práctica común pues, por ejemplo, al exponer los “campamentos fortificados” (capítulo VI, pp. 133-146), pone en la tabla correspondiente una columna que explicita las palabras griegas usadas para designar dichos campamentos y éste es el procedimiento que generalmente sigue. En el caso de los juicios, Pritchett ha encontrado sesenta de ellos, casi siempre atestiguados por una sola fuente. La tabla correspondiente abarca cinco páginas (5-10) y contiene las siguientes columnas: fuente principal, *hegemón*, polis, fecha, acusación, ocasión y resultado.

Ciertamente es posible construir sobre estos datos.

Lo que parece arbitrario es la selección de temas y la falta de una hipótesis general que sirva de idea guía. Por otra parte, aunque tiende a detenerse en la batalla de Queronea, muchas veces, Pritchett, alegando con razón la falta de recopilaciones de datos anteriores o la ausencia de tratamiento de algún asunto, incluye la época helenística y en algunos casos incluso el ejército romano. La crítica de las fuentes está del todo ausente y, en consecuencia, a todos los testimonios se les atribuye igual peso. A este respecto es reveladora la siguiente observación (V, p. 35):

Quando recurrimos a *Amazons in the Greek art* (Oxford, 1957) de Dietrich von Bothmer, tenemos la ventaja de lidiar con un estudio confiable y completo que es puramente descriptivo, desprovisto de toda teorización acerca de la guerra hoplita antigua y que evita clasificaciones de lo que es “Heroico” y de lo que está sacado del combate real.

Pritchett mismo sigue ese camino y equipara los testimonios de los poemas homéricos, las tragedias, la lírica, la historiografía y la logografía y rehúye toda teoría. Su mérito reside en la recopilación de datos.

5. En este apartado me ocuparé de un artículo excepcional, por tratarse de una síntesis que relaciona la guerra con los reyes y la economía: “Hellenistic kings, war and the economy” (*CQ*, n.s. XXXVI, 1986, pp. 450-466) de Michel Austin.

Este autor empieza (p. 450) por definir su propósito: “deseo reaccionar contra la tendencia frecuente a separar tópicos que están relacionados ...” A continuación traza un estado de la cuestión (pp. 450-452), en el que por desgracia están ausentes las *Recherches* de Launey y que, en cambio, dan muestra de una lectura cuidadosa y una gran comprensión de las obras pioneras de Droysen y Rostovtzeff, cualidad ausente en el resto de las obras analizadas hasta este punto.

Es muy interesante –y justa– la observación de que Rostovtzeff ve a los reinos como gobiernos impersonales y estados nacionales. La economía es tratada aisladamente y no se le relaciona con la guerra. Se podría agregar que los griegos son concebidos como colonos europeos en otros continentes, de manera análoga a como lo hizo Launey.

También observa Austin que la segunda edición del volumen VII-1 de la *Cambridge ancient history* no va más allá de la obra de Rostovtzeff por el aislamiento de los capítulos y la estructura de la obra. Sobre el capítulo de Garland, opina que

está escrito desde un punto de vista puramente técnico, excepto las dos últimas oraciones, y no trata de explicar el fenómeno de la guerra en el mundo helenístico, aunque pudiera esperarse del autor del capítulo ... que tuviera mucho qué decir sobre el tema (p. 453).

De *La guerre dans l'antiquité* del mismo autor, Austin afirma, con razón que es “sugereute, aunque con frecuencia desesperante” (ibidem) y concluye:

no faltan ... estudios de guerras y campañas particulares o de reinos, de gobernantes particulares y sus políticas, pero éstos son siempre tratados como si pertenecieran a una esfera independiente que se contuviera y se explicara a sí misma (ibidem).

En la parte propositiva del artículo, Austin hace una revisión de los reinos helenísticos como estados de conquista (pp. 454-457).

Llega a la conclusión de que “la realeza estaba asociada con la fuerza; un rey débil era una contradicción de términos” (p. 459), lo

cual recuerda el final de los Seléucidas, a partir del tratado de Apamea, cuando Antíoco III se vio obligado a saquear los santuarios de su propio reino y la debilidad de la dinastía propició la aparición de pretendientes como Alejandro Balas. Cuando los Seléucidas fueron finalmente depuestos por Pompeyo ya casi no les quedaba poder.

Esto se relaciona con el siguiente tema tratado por Austin: el rey y la economía (pp. 457-459), acerca de lo cual afirma:

si los reyes, por definición, estaban asociados con la fuerza y la gloria militar, ellos también estaban asociados con la riqueza (p. 459).

En efecto, para seguir con el mismo ejemplo, el tratado de Apamea fijaba una onerosa indemnización de guerra y fue para pagarla que Antíoco empezó a saquear santuarios y ese pago a Roma fue un factor en el empobrecimiento de la dinastía.

Observa Austin la importancia de los seguidores y de los amigos del rey y destaca la prominencia –no apreciada hasta entonces– de las relaciones entre el rey y los soldados. A continuación sostiene que lo que movía a los ejércitos era la codicia por el botín.

Éste es un artículo brillante y muy bien escrito.

6. Launey no incluyó en su obra a Macedonia y han faltado estudios sobre el ejército de este reino durante la época helénica. Hay, sin embargo, excepciones, una de las cuales es el capítulo correspondiente del libro *Antigone Doson roi de Macédoine* (Nancy, Presses Universitaires, 1993) de Sylvie Le Bohec; su título es “El ejército” (pp. 289-320).

Le Bohec se basa sobre todo en la inscripción 114 del repertorio *Iscrizioni storiche ellenistiche* y, al parecer, en los comentarios de sus publicadores Roussel (RA 1934) y Feyel (RA 1935). Se trata de un reglamento militar.

Le Bohec afirma que los infantes no usaban armadura¹⁷ y también que

a diferencia de lo que sucede en los ejércitos de las otras potencias helenísticas ... [la caballería] no juega un papel decisivo sobre el terreno (p. 296).

Esto es importante porque significa que la infantería, y consiguientemente la falange, conservaba su importancia militar básica y ésta es precisamente la conclusión de Le Bohec.

Finalmente, Miltiadis B. Hatzopoulos también dedica la sección de un capítulo,¹⁸ sobre el “gobierno central y local”, al ejército macedonio. En ella, el autor se ocupa del reclutamiento —que se hacía por regiones, del tamaño del ejército, formado generalmente por diez mil hombres, pero por veinte mil en casos de emergencia, de los oficiales, y del procedimiento para nombrarlos. En este último punto cae en conjeturas. La sección es extremadamente selectiva y, de hecho, trata menos aspectos que el capítulo de Le Bohec, autora de menos pretensiones.

7. La época helenística es el periodo que presencié el surgimiento de varios reinos entre la Grecia metropolitana y la cuenca del río Indo. Estos reinos fueron la consecuencia de las conquistas de Alejandro Magno y nunca perdieron ese carácter. Tanto para ellos como para la Grecia metropolitana, la guerra era un hecho de la vida cotidiana y el ejército, la institución estatal más importante. Es pues paradójico que hasta ahora no se haya tratado de investigarlo sistemática y exhaustivamente, sino que más bien, primero, Launey ha creído encontrar en sus soldados a los

¹⁷ Luigi Moretti, el recopilador de la colección, afirma (*ISE*, II, p. 113) que los oficiales usaban armadura de metal y los soldados llevaban una de materiales menos duros.

¹⁸ M. B. Hatzopoulos, *Macedonian institutions under the kings*, 2 v., Athine, Κέντρον ἑλληνικῆς καὶ ῥωμαϊκῆς ἀρχαιότητος, 1996, I, pp. 443-460.

agentes de una misión civilizadora en el Oriente y los otros autores que han aspirado a presentar una visión general —con excepción de Austin, Adcock y Pritchett— se han limitado a seguir la misma posición, aunque depurada de su idealismo clasicista. En mi opinión, esto se debe a que generalmente, como consecuencia de la derrota de los reinos helenísticos por Roma, esta época es menospreciada y se le ve como una especie de paréntesis entre la Grecia clásica y el Imperio Romano, a la vez que los estados helenísticos son concebidos como perdedores ante el impulso romano. Hay, sin embargo, razones más que suficientes para pensar que, sin el desarrollo militar de los estados helenísticos, así como el de Cartago, no se pueden comprender los logros de los romanos en este mismo terreno. Esto sugiere la importancia de realizar una investigación sobre los ejércitos helenísticos sin ideas preconcebidas y que abarque tanto el ejército como institución como las campañas, y que incluya a la Grecia metropolitana así como a los reinos nuevos. Por lo dicho hasta aquí, debe ser claro que esta investigación implica volver a interpretar toda la historia del periodo.